

ELEGIAS

## I

«Lasciateme morire!...» Lentamente,  
con un temblor de silenciosas lágrimas,  
el alma de Claudino Monteverde  
en el teclado sin cesar lloraba.

Era un plañir ahogado entre las sombras.  
Su corazón al corazón, cantaba  
la desesperación de lo imposible...  
—«¡Su vida se apagó»... No hay esperanza!—

La sonrisa jamás tornará al labio...  
¿Para qué sonreír, si ella no baja  
para premiar nuestra sonrisa, el negro  
terciopelo vivaz de sus pestañas?

Jamás deben abrirse nuestros ojos...  
¿Para qué, si hallará nuestra mirada  
sólo el perfil de su sillón vacío  
en las tristes penumbras de la estancia?

¿Para qué, con un gesto suplicante  
se tienden nuestras manos, si no hallan  
la suavidad flotante de sus rizos  
ni el calor de su piel, sedosa y blanca?

Nunca, nunca, su paso fugitivo  
alegrará el silencio de la casa ...

Nunca más... Nunca más... Cierra la puerta;  
apaga el fuego del hogar, la lámpara;  
deshace el blando tálamo que en vano  
espera en la tristeza de la cámara  
ver florecer los lirios de su cuerpo  
en la nupcial blancura de las sábanas.

¿Qué te importa que fuera, en los jardines  
se marchiten las rosas deshojadas,  
si con ellas, sus manos irreales  
no tejerán para tu amor guirnaldas?

Cierra los ojos que no pueden verla,  
pliega la boca que no puede hablarla,  
y enciérrate, cual ella en su sepulcro,  
entre los cuatro muros de esta casa!

Hecha plomo en tu oído. ¿Por qué quieres  
oir, si aunque escucharas  
lo imperceptible del silencio, nunca  
sentirás el rumor de sus palabras?  
Muerde tus labios cuando hablar intenten...  
Si Ella no te ha de oír ¿para quién hablas?

Tierra negra, maldita tierra hambrienta,  
que en silencio devoras y profanas  
tantas divinas cosas de su cuerpo  
y tantas cosas puras de su alma...  
¡Sé tan suave para ella como  
fué para ti, lo alado de sus plantas!

«Lasciateme morire!»—Llora, Orfeo,  
y en vano, en vano correrán tus lágrimas  
hasta formar arroyos y henchir mares...  
Podrán estremecerse las montañas,  
y amansarse las fieras á tus gritos,  
y las florestas desgajar sus ramas,  
¡pero no esperes nunca que la tierra  
te devuelva á quien duerme en sus entrañas!

Nunca más... nunca más!... Podrá tu llanto  
 oradar la dureza de la lápida;  
 podrán tus dientes y tus uñas frías  
 de su negro ataúd desenterrarla,  
 ¡pero no esperes abrazar su cuerpo,  
 pero no sueñes con sentir su alma!

Un puñado de polvo solamente  
 hallarás en el fondo de su caja...  
 Polvo que pueden aventar tus manos,  
 y esparcir á los vientos tus sandalias!

—«¡Lasciateme morire!»—lentamente,  
 con un temblor de silenciosas lágrimas,  
 el alma de Claudino Monteverde  
 en el teclado sin cesar lloraba!

## II

Yo la cuidaba como á una hija,  
 la respetaba como á una madre,  
 era en mis penas piadosa hermana  
 y en mis placeres dichosa amante.

Aquellos negros ojos de ensueño  
 que me prestaron sus claridades,  
 hoy son, cerrados bajo la tierra,  
 rotos espejos sin una imagen...

¡Oh, blancas manos, finas y pálidas,  
 que silenciosas me acariciábais...  
 ¡Ya de vosotras nadie se acuerda!  
 ¡Ya con vosotras no sueña nadie!

En cruz unidas sobre su pecho,  
 bajo la tierra, yertas y exangües,  
 sois azucenas que se deshojan,  
 flores de polvo que se deshacen...

Voz de nostalgias, risas y besos,  
vuelo de músicas sobre mis cármenes,  
¿en dónde rimas hoy la dulzura  
de tus consuelos y tus piedadés?

¡Oh, blanca sombra, plata de luna  
que alumbra trémula mis soledades...  
¿sí era mi dicha tu único anhelo,  
por qué tan pronto me abandonaste?..

¿Dónde un regazo para mi frente,  
dónde un olvido para mis males?...

¿Quién oirá el grito de mis dolores  
si mis dolores nadie comparte?

Sin tu cariño voy por la vida  
como esos ciegos que por las calles  
cantando pasan con sus guitarras  
sin que sus coplas comprenda nadie!

## III

Yo con mis propias manos temblorosas  
de un humilde sayal de penitente,  
vestí su cuerpo y la cubrí de rosas.

En la almohada recliné su frente,  
cruce sus manos pálidas...

...Gemía

en el silencio del salón desierto  
la ronca voz de la tristeza mía:  
—Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

Murió tu amor en plena primavera  
entre luces y cánticos y flores;  
y ha muerto cuando era  
del rojo sol de Junio á los fulgores,  
un ensueño de amor la tierra entera!

En la calle el confuso mar humano  
cruzaba lento y sórdido.

Gemía  
de Schuber la inmortal melancolía  
en las lejanas notas de un piano.

De los cirios las llamas temerosas  
temblaban en el viento, y de la estancia  
perfumaba el sopor una fragancia  
de muertas carnes y de mustias rosas.

Y un niño, tras la clara vidriera  
asomando la faz llena de espanto,  
á otros le dijo, con la voz de llanto:  
—Mirad la muerta... ¡Qué bonita era!

Todos se fueron.

Sin cesar gemía  
en el silencio del salón desierto  
la ronca voz de la tristeza mía:  
—¡Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

## IV

Bajo la tarde azul de Primavera,  
entre revuelos de palomas blancas  
que sobre el rosa vivo de tu traje  
sus fugitivas sombras proyectaban,  
por el verde sendero regresábamos  
lentos de amar, á nuestra vieja casa.

Los labriegos curvados con sus haces  
de hierbas olorosas á la espalda,  
para vernos pasar, respetuosos  
al borde del camino se apartaban...

—¡El Señor los bendiga! se decían...  
Y abandonando sus fragantes cargas...  
¡con cuánto amor, quitándose el sombrero,  
las *buenas tardes* al cruzar nos daban!

Y al entrar en el pueblo, las vecinas  
asomaban su rostro á las ventanas  
y sonriendo siempre, nos decían:  
—¡Que la Virgen les sirva de compañía!

Y los niños corrían á mirarnos,  
y muchas veces con tus manos blancas  
agobiadas de anillos, alisaste  
alguna cabecita desgrefñada!

Hoy sólo y melancólico regreso  
reco rdando tu amor á nuestra casa...

Los campesinos al mirar mi luto  
y mis ojeras y mi faz tan pálida:  
—Se ha quedado como un desenterrado!—  
murmuran entre sí con voz muy baja...  
Y su voz llega á mí como un suspiro  
que me salpica el corazón de lágrimas...

También rostros curiosos de vecinas  
se asoman como ayer á las ventanas...  
—Valor! Resignación!—me dicen todas...  
Y hasta al verme llegar los niños callan

y suspenden sus juegos, y hasta alguno  
parece preguntar con la mirada:  
—¿Qué se habrá hecho de la blanca mano  
que mis ásperos rizos alisaba?

## V

Leve mano de incienso y de nieve  
 entrevista á través de una reja  
 una noche de Mayo, soñando  
 sobre el viejo marfil de las teclas;  
 leve mano de incienso y de nieve  
 ¿por qué evocas tan dulces cadencias?

Una voz en el aire suspira:  
 —Cierra al mundo los ojos y sueña...  
 En la tierra florecen rosales,  
 en el cielo florecen estrellas...  
 Por la mística senda de lirios  
 se aproxima la virgen que esperas...

Viene á darte su beso primero,  
 de azahares ceñida y envuelta  
 en el velo sùtil que tu mano  
 rasgó un día, al volver de la iglesia.

A través de los claros cristales  
 en fragante blancor de azucenas  
 entrará silenciosa á tu alcoba,  
 á decirte en un beso:—¡Despierta!

Ya no tengo caricias de carne...  
 Soy un alma de luz, toda enferma,  
 que ama sólo las palidas frentes  
 que á la luz de la lámpara sueñan...

En las horas que cruzas sombrío  
 como un hosco fantasma, las negras  
 avenidas de largos cipreses,  
 y de hinojos postrado en la tierra  
 á la cruz de una tumba te abrazas,  
 ¿no me has visto llorar de tristeza?

Para mí no hay secretos ni enigmas.  
 Yo conozco la mágica senda  
 que conduce al jardín encantado,  
 donde en una inmortal primavera  
 resucitan las almas que amaron  
 y á sus viejos amores esperan.



Cuando apagues tu lámpara, y dejes  
tus floridas ventanas abiertas,  
yo escalando los blancos rosales  
entraré, temblorosa, por ellas,  
á envolver en un beso de olvido  
el dolor de tu frente que piensa.—»

De repente la voz se ha extinguido  
al volver una obscura calleja  
de la vieja ciudad. En las sombras  
hay puñales desnudos que acechan...

Estoy solo, perdido en la Noche...  
Soy un tímido niño que tiembla...

Leve mano de incienso y de nieve  
entrevista á través de una reja  
una noche de Mayo, soñando  
sobre el viejo marfil de las teclas;  
leve mano de incienso y de nieve  
¿por qué evocas tan dulces cadencias?

## VI

Tu nombre es como una  
oración.

Al pronunciarlo tiembla  
de ternura la voz,  
se doblan las rodillas, y se reza  
como el nombre de Dios...

Se reza lentamente, con la mano  
puesta en el corazón...

Cada sílaba evoca  
una alegre visión...

Una visión que pasa por la vida  
como un rayo de sol;  
una visión que canta en los recuerdos  
igual que un ruiseñor;  
una visión que nos perfuma el alma  
como un rosal en flor...

Tu nombre es como una  
oración...

Es agua viva en medio del desierto,  
sombra y frescura en horas de calor...

Tiene el encanto de las viejas músicas  
que en nuestro oído la niñez dejó,  
guarda el calor de los primeros besos  
y el eco débil del postrer adiós...

Tu nombre es como una  
oración...

Al pronunciarlo tiembla  
de ternura la voz,  
se doblan las rodillas, y se reza  
como el nombre de Dios...

Se reza lentamente, con la mano  
puesta en el corazón...

## VII

Muy lejos de la Vida, volveremos  
á vernos, una tarde  
melancólica y dulce del Otoño,  
cuando turba la calma del paisaje  
el eco funeral de las campanas  
que por el alma de los muertos tañen.

Volveremos á vernos y, enlazados  
mis brazos á tu talle,  
cruzaremos las sendas florecidas,  
donde brotan los últimos rosales  
que temblando de angustia se deshojan  
en la otoñal desolación del parque.

Cruzaremos ciudades misteriosas  
de tumbas y cipreses; mudos valles,  
donde la voz se extingue sin un eco;  
senderos solitarios, donde nadie

dejó su huella... Unidos de las manos,  
 más allá de la Vida, bajo un sauco  
 hallaremos la casa abandonada,  
 con las puertas abiertas, esperándote...

El viejo perro familiar, saltando,  
 vendrá á lamer tus manos irreales;  
 y el canario, al oírte, dará al viento,  
 en la jaula, sus más dulces cantares,  
 y abierto el pico y con las alas trémulas  
 se acercará á los hierros, á picarte...

Bajo tus dedos volverán las músicas  
 á soñar en las teclas de la clave,  
 y otra vez, á las luces de la lámpara  
 en las largas veladas otoñales,  
 mientras tus tristes labios me sonrían,  
 te cantaré mis versos inmortales.

Cansados de leer, sobre tu falda  
 el libro abierto aún, en clara tarde,  
 fundidos mis cabellos y tus trenzas,  
 veremos á través de los cristales  
 jugar en el jardín á nuestros hijos  
 desplumando las alas de algún ángel...

Nuestras almas, unidas en la Vida,  
 no podrán en la Muerte separarse!...

Yo sueño con la gloria de ese encuentro,  
 y al cruzar mis eternas soledades,  
 me recuerda el rumor de tus vestidos  
 el temblor de la brisa entre los árboles...

Te apoyas en mi brazo; me sonríes  
 con tu eterna sonrisa inolvidable,  
 y juntos, regresamos á la casa,  
 á la luz moribunda de la tarde,  
 mientras turban la paz esas campanas  
 que por las almas de los muertos tañen...

## VIII

En alas de la brisa silenciosa  
 perfumada de rosas y azucenas,  
 en la noche, su voz llega á mi oído  
 como la luz sonora de una estrella.

Me habla de viejas cosas imposibles,  
 de amores infinitos y quimeras,  
 y yo para escucharla atento, apoyo  
 en las pálidas manos la cabeza,  
 mientras la débil llama de la lámpara  
 luchando con la Muerte, brilla trémula.

La voz canta en un sueño de sollozos.  
 --Cierra los ojos á la luz, y sueña...  
 Tras el vago paisaje de la vida  
 hay una sed de amores que te espera...

La sed de amores que llegó á tus brazos  
 envuelta en la nevada transparencia  
 de su velo de novia, coronada  
 de azahar; la divina compañera  
 que siempre tuvo, para ti, en los labios,  
 esperanzas, sonrisas y promesas,  
 la de manos gemelas de los lirios  
 y las dulces pupilas de gacela...

¡Oh, ven! ¡Oh, ven! Ante mis plantas roto  
 está el Misterio que la Muerte encierra...  
 Me perfuman las nubes... La Vía Lactea  
 en su divina claridad me vela,  
 y coronan mi sién, en vez de flores,  
 una guirnalda fúlgida de estrellas.

Dios oficia ayudado por los ángeles;  
 levanta el cáliz... Bendecir espera  
 á los amantes que en la misma muerte  
 sus juramentos y su amor renuevan...

¡Señor, Señor, te pido desde el Cielo  
 lo mismo que mi amor desde la Tierra!—

Y la voz silenciosa se ha extinguido  
como un perfume, y en la paz inmensa  
de la Noche profunda, sólo escucho  
los trémulos latidos de mis venas.

LA ELEGIA DE LAS CAMPANAS